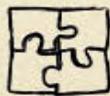


**LAURA E. LAFUENTE**



**LA VERDAD EN  
LOS RELATOS I**





LA VERDAD EN  
LOS RELATOS I

LAURA E. LAFUENTE

LA VERDAD EN  
LOS RELATOS I





Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Laura E. Lafuente (2021)

© Bunker Books S.L.

Cardenal Cisneros, 39 – 2º

15007 A Coruña

[info@malasarteseeditorial.com](mailto:info@malasarteseeditorial.com)

[www.malasarteseeditorial.com](http://www.malasarteseeditorial.com)

ISBN 978-84-18377-93-8

Diseño de cubierta: © Malas Artes

Fotografía de cubierta: © Juw

Diseño y maquetación: Malas Artes



*A Tina Lafuente, mi madre,  
que me dio alas para descubrir otros mundos,  
y también para crearlos.*

## AGRADECIMIENTOS:

Gracias al equipo de Bunker Books y Malas Artes por apostar por La Verdad en los Relatos y por apostar por mí. Gracias a Borja F. Caamaño por su paciencia y sus explicaciones, que guiaron mis primeros pasos en el mundo editorial; y a Yésica López por su dedicación y entrega en el proceso de diseño y maquetación de este libro. Gracias también a Júw y Marina Ortiz por el magnífico trabajo ilustrando la portada y el mapa respectivamente; y a José Antonio Carballedo y Raquel Quero López, correctores de esta novela, por su exhaustiva revisión.

Gracias a Guillermo Belaustegui, mi compañero de vida. Gracias no solo por comprender todas las horas que le he dedicado y le dedico a esta saga, sino por impulsarme a hacerlo. Gracias por crear conmigo, por los muchos paseos por la playa imaginando espejismos. Gracias por tu honestidad, por creer en mí y por hacer todo lo posible por arrancarme una sonrisa siempre, incluso cuando apenas podía sonreír. Este libro y yo estaríamos incompletos sin ti.

Gracias a mi padre, José María Esteban, que nunca ha devorado un libro con tanto ímpetu. Gracias por las sugerencias, la confianza, el orgullo y la complicidad. No albergo duda alguna de que serás el mayor valedor de esta historia.

Gracias a César Bodas, arquitecto de Kisela y cartógrafo de Meindra, por todas las horas dedicadas. Gracias por dotar a este libro de un mapa increíble, por tu contagioso entusiasmo y por tu generosidad pero, sobre todo, gracias por una amistad que sobrepasa lo ordinario.

Gracias a Roberto Moreno por embarcarse de lleno en esta novela y terminar sus páginas con tantas ganas de seguir leyendo lo que vendrá. Un honor que seas el primero de los últimos, aunque

sospecho que pronto serás el primero de los primeros.

Gracias a Manuel Villaverde por su minuciosa lectura, sus comentarios y su cariño. Me reconforta saber que me acompañarás siempre en el viaje de la vida y de la literatura.

Para mi hermana, Mireia Esteban, no tengo palabras de agradecimiento suficientes. Gracias por haber aportado tanto en todas las etapas de esta historia, desde los albores, cuyos cimientos construimos juntas hace muchos años, pasando por los diversos borradores, hasta la versión definitiva. Gracias por conseguir siempre que lo bueno se transforme en extraordinario. Gracias no solo de mi parte, sino también de parte de nuestros personajes. Esta historia es tan tuya como mía.

Aunque ya le dedico este libro, no puedo dejar de darle las gracias a mi madre, Tina Lafuente. Gracias por enseñarme el placer que da el tener un libro entre las manos, por haberme animado siempre a escribir y por haber leído con tanto afán las historias de nuestra adolescencia. Gracias por haberme convertido en quien soy. Ojalá estuvieras aquí.

Gracias a Gala y Nilo, mis compañeros peludos, por todas las horas de parque con una libreta en la mano que jamás podré olvidar. Escribir ha sido mucho más grato con vosotros a mi lado.

Gracias a todos los que habéis hecho que este sueño se convierta en realidad, que me habéis permitido llegar a los lectores y proyectar espejismos en sus mentes a través de la historia que se cuenta en estas páginas. A todos, gracias por haber acogido este libro con los brazos abiertos y una cálida sonrisa. Tengo una suerte infinita de teneros.

No puedo dejar de mencionar a aquellos que habéis contribuido de un modo aún más excepcional: Nadia M. Esteban, que sonrío cuando me ve; los Belaustegui Ferrández, mi otra familia, Nacho, Carmen y Gabriel, que me cuidan siempre tanto, y la abuela, Mercedes Alonso; Lidia Caramazana, mi amor platónico; los amigos

que siempre están ahí, Carlos Javier Sánchez, Gianfranco Arce, Lucía Rodríguez, Soledad Laguna y Tamara Fiz; los amigos que nunca se librarán de mi, Ana Pérez, Andrés Martínez Gotor y Mario Martín; la familia de esquiadores, Lorena, Borja y José Moraga; los que dan sin que se les pida, porque derrochan generosidad, Ramón López-Peláez, Regino Magdalena, Juan Castaño, Ramón Portillo, Juanen Flores y Alberto González y familias; Adrián Bravo y Laura Garrido, una de mis parejas favoritas; los que están aun estando lejos, Kino Ferrández, Justo y Violeta Álvarez (y sus padres) y Milagros Hervás y familia; Raquel Pons, que me guio por los entresijos del mundo literario; los tenistas por excelencia, los Moreno: Pedro padre, Pedro hijo, Laura, Carlos y vuestras maravillosas familias; mis fantásticos amigos políticos, Paula Colmenero y Miguel Gallarosa; los auténticos lectores de fantasía, Almudena Fernández-Rañada, Eva Martínez y Héctor Bonilla, y futura lectora de fantasía, Luna Carrio Samaniego (y sus padres); y los indispensables, familia Muñoz Lafuente y familia Porrón Lafuente. A todos, gracias de corazón.

En último lugar, gracias a ti, lector, por haber decidido adentrarte en esta historia. Espero que disfrutes de Meindra...

# PRÓLOGO

## KERAH

*Gracias, Merohar, por devolvernos la esperanza.*

Un nuevo amanecer en un día más; un día que pronto se volvería pesadamente caluroso.

Vivían cerca del extremo meridional del Desierto de Hersla, en una pequeña vivienda incrustada en la roca. Era poco más que una cueva. La habían encontrado abandonada hacía ya más de dos meses y, tras unas buenas jornadas de limpieza, la habían convertido en habitable y en suya. En el tiempo que llevaban allí, nunca nadie había aparecido para reclamarla. En aquel lugar, lejos de la civilización, se sentían medianamente a salvo. Aunque era difícil sentirse a salvo tras lo que había sucedido, y Kerah aún se levantaba sudando en mitad de la noche, presa del pánico y la histeria, con la estremecedora sensación de haber sido descubiertos.

Aquella misma noche había vuelto a soñar con el silbido aterrador de las balas, y había sido incapaz de conciliar el sueño de nuevo.

Él juró que regresaría, pero nunca lo hizo. Y una parte de ella era plenamente consciente de que jamás volvería a ver a su padre, porque su padre estaba muerto. Las balas de aquellos que se hacían llamar kie-hais le habían matado.

Kerah tenía quince años y dos hermanos pequeños a los que proteger y, lo que era más retador en los últimos tiempos, alimentar. Eidar, de trece años, había alcanzado recientemente la altura de un verdadero hombre y se esforzaba mucho por comportarse como tal, consiguiéndolo casi siempre. Y Aléis que, con sus siete años y medio, seguía diciendo, optimista incansable y siempre sonriente, que tal

vez aquel sería el día en que su padre volvería para salvarlos.

Los tres compartían un colchón viejo y escuálido que habían descubierto en el interior de la casa, oculto bajo varias capas de arena y polvo. El colchón, colocado directamente sobre el suelo, ocupaba la mayor parte del pequeño cuarto circular sin ventanas que utilizaban como dormitorio.

Sus dos hermanos dormían profundamente cuando Kerah se acercó a Eidar.

—Me voy a Adra —le susurró al oído—. Volveré en unas horas.

Eidar lanzó una especie de gruñido y se giró para mirarla de frente.

—Pero dijimos que hoy iría yo —se quejó, frotándose el ojo derecho.

—Mañana. Prometido.

Le habría besado en la frente, pero Eidar empezaba a ser demasiado mayor para aquel tipo de gestos y tanta ternura le habría recordado que los cariños de su hermana se debían, en parte, al miedo diario de no volverlos a ver.

—Si no he vuelto en unas horas, no vengáis a buscarme. Ya sabéis qué hacer —repitió Kerah, como se obligaba a hacer todos los días en los que era preciso visitar la ciudad para buscar suministros.

Eidar hizo un último amago de protesta, pero su hermana mayor aprovechó su aletargamiento, aún medio dormido, para marcharse antes de darle la oportunidad de replicar.

Kerah salió a la segunda y última habitación de aquella vivienda del desierto, también circular, y que hacía a la vez de entrada y comedor. Allí, cogió una bolsa larga de tela negra y la capa gris de su padre, raída por el contacto con el suelo.

Alzó la capucha para ocultar su rostro antes de ponerse en marcha.

En el exterior, la luz de un sol que aún no se dejaba ver inundaba el cielo y llenaba la tierra de sombras. Aunque hostil, el paraje del

desierto de Hersla resultaba sobrecogedor, con grandes e imponentes bloques de roca que se erguían verticalmente varias decenas de metros sobre el suelo. La que era su guarida temporal estaba cavada en el interior de una de esas altivas montañas de roca, que, a su vez, habían demostrado ser de gran utilidad para orientarse.

Caminaba deprisa sobre la fina arena de color rojizo, alejándose del corazón del desierto.

No había nadie alrededor, o nadie a quien ella pudiera ver. Kerah reconocía que, tras los últimos acontecimientos, se había vuelto paranoica y se sentía constantemente observada; incluso le molestaba toparse en el camino con algún reptil o zorro del desierto, no fuera a ser que le dijeran a alguien que les habían visto.

Nunca dejarían de perseguirles, eso había dicho su padre.

Las montañas de roca fueron disminuyendo de tamaño, a la par que el terreno arenoso dejó paso a un paisaje árido con matorrales que iban aumentando poco a poco de tamaño, hasta convertirse en verdaderos árboles con espinas.

Tras cuarenta minutos de caminata, llegó al sendero. Siguió andando, ignorando el agujero de su bota izquierda y las ampollas de ambos pies.

Recorridos otro par de kilómetros se topó con los primeros transeúntes, dos hombres seguidos por un dromedario de aspecto débil que tiraba de una carreta cuyas ruedas chirriaban al girar. Les adelantó sin permitir que le vieran el rostro, y agradeció que fueran bastante ancianos y que no interrumpieran su distendida charla al pasar por su lado.

Pocos eran, afortunadamente, los encuentros que Kerah tenía en sus expediciones a Adra. Y, aun así, ya había tenido incidentes inoportunos y desafortunados en otras ocasiones. La capa ancha de su padre no ocultaba su estatura y forma de mujer. Los hombres habían demostrado ser muy peligrosos cuando creen que pueden

hacer lo que quieran porque nadie los está viendo para juzgarlos, o cuando van en grupos pequeños y presumen entre ellos del poder y la fuerza de ser varón.

Había matado al primer hombre que había intentado violarla, un individuo solitario que no quiso atender a razones. Había sido su primer asesinato, y, al día siguiente, permitió por primera vez a Eidar ir a la ciudad en su lugar.

Su segundo y último incidente, hacía ahora cinco días, había sido con un grupo de tres muchachos poco mayores que ella, quizás alguno incluso más joven. Ellos habían empezado a lanzarle gritos, llamándola entre risas. La habían rodeado, la habían llevado lejos del camino y habían empezado a arrancarle la ropa a tirones. Eran tres, ese había sido el problema. Eran tres y Kerah no podía confundir a uno con espejismos sin desvelar su identidad a los otros dos y, según había dicho su padre, debía evitar por todos los medios crear espejismos. Matar a uno significaba tener que matar a los tres, y eso le hizo dudar. Los recuerdos la estremecieron. Recordaba los gritos. Sus propios gritos. Se habían empezado a acusar de vírgenes entre ellos, a retarse por ver quién se atrevía primero. Finalmente, había sido el más alto de los tres el que dio el paso, mientras los otros dos observaban, comentaban y se reían sin siquiera un mínimo atisbo de piedad. Recordaba el miedo, la vergüenza y el tacto de unas manos bruscas toqueteando su cuerpo. Había suplicado que la dejaran en paz, pero el chico quería ir más lejos, demasiado lejos... Después, cuando había sido capaz de recuperar el control de sí misma, Kerah le había matado. Tras quitarse el peso del muerto de encima con un empujón, había atacado a los dos acompañantes. Librarse de tres cuerpos había sido una tarea complicada y prodigiosamente conseguida sin ser interrumpida ni vista por nadie.

*A veces, tenemos que hacer ciertas cosas para protegernos y proteger a los nuestros. No dudes, Kerah. Dudar puede ser lo que marque la diferencia en vuestra supervivencia, ese fue el último consejo de su padre, sus ojos*

clavados en los de ella, al despedirse, cuando decidió quedarse y enfrentarse a sus atacantes para dar tiempo a sus hijos a escapar. Kerah comprendió, más tarde, que su padre había dicho aquellas palabras sabiendo que ella, su primogénita, antes o después, acarrearía sus propios muertos. Ella, en el fondo, también lo había sabido desde el mismo día en que se inició la Persecución contra los sandelas. Tal vez por eso no sentía remordimientos por el daño acometido. Esos tres muchachos y aquel otro señor tendrían familia, quizás mujer, hijos o hermanos esperando en casa. Le daba igual. Eran malas personas y merecían estar muertos, y el mundo era un lugar mejor sin ellos.

Nunca volvería a dudar. Se había prometido que proteger a sus hermanos y protegerse a sí misma estaba por encima de todo lo demás.

Algo más de una hora después de haber abandonado su pequeño escondrijo en la roca, Kerah, acompañada ya por decenas de viajeros que compartían su destino, se encontró frente a la gruesa muralla de adobe que rodeaba Adra, La Ciudad Vendida. Adra era un enclave milenario con edificios cuadriculados de ventanas pequeñas, todos ellos del color del barro. La ciudad se iba elevando sobre la ladera de la colina, hasta alcanzar la cumbre, donde se podían atisbar las ruinas del antiguo palacio.

Adra recibía su apodo de un antiguo mito que explicaba que la ciudad entera, con todos sus habitantes, había sido vendida por un príncipe arruinado a un comerciante muy rico, si bien antes el príncipe había mandado destruir el palacio para que ningún otro ser humano pudiera ocuparlo jamás ni disfrutar de sus lujos. Kerah siempre había querido subir a la cima a observar las ruinas, pero nunca lo hacía pues tenía que evitar los lugares donde estuviera más expuesta.

La Ciudad Vendida era lo más lejos que Kerah y sus hermanos habían estado nunca de casa... de su verdadera casa, aquella que

quedaba en el otro continente, en Meindra, y que habían tenido que abandonar para huir de la Persecución... Meindra, su lugar de origen, el reino más próspero de todos, el más civilizado, considerado por la mayoría el mejor lugar para vivir y el que, sin embargo, se había convertido en una sangrienta pesadilla para aquellos que pertenecían al linaje de los sandelas.

Intentando no pensar en la vida de antes de la Persecución, la cual anhelaba tanto que dolía, puso rumbo al mercado.

Cientos de puestos ambulantes inundaban el centro neurálgico de Adra; todos ellos con toldos para cubrirse del sol abrasador. El amasijo de toldos formaba un tejado de trazos de vívidos colores entre los que se colaban rayos de luz. Mercaderes y viandantes vestían ropas anchas y cubrían sus cabezas con gorros y capuchas. Los más ricos llevaban porteadores que les perseguían con sombrilla en mano. Todos los porteadores vestían de blanco, el color de la esclavitud en las tierras del este. Voces anunciando productos, tensas negociaciones de regateo de precios e infinitas tertulias entre grupos inundaban la ciudad de ruido, ajeteo y vida. La oferta de artículos que llegaban a Adra era abrumadora. Vasijas, calzado, cubertería, ropajes, piezas mecánicas y recambios, animales, armas y bisutería destacaban entre los más abundantes.

Continuamente, entre los comercios, se intercalaban puestos donde se vendía comida. Largos pinchos de carne o de verduras, escarabajos fritos, patatas rellenas o empanadas de formas y contenidos diversos. El primer día, el olor fuerte de aquella comida había repelido a Kerah, pero ahora el hambre era tal que se sentía instintivamente tentada a lanzarse sobre ella.

Adra era la última ciudad antes del Desierto de Hersla. Punto de parada para muchos y de regreso para otros. Lugar donde cargarse de víveres y de combustible. Centenares de personas de pueblos y caseríos cercanos, algunos de ellos ubicados en las propias rocas del desierto, acudían todos los días en busca de productos y servicios

que solo Adra podía ofrecer.

Pasó junto a un hombre rapado que tocaba una melodía con una flauta que, poco a poco, iba incrementando el ritmo y, según lo hacía, la bailarina que le acompañaba giraba más y más deprisa; a su alrededor, un grupo aplaudía haciendo un corro.

En aquellas calles, que eran más estrechas, el gentío se veía obligado a avanzar a codazos.

Kerah sintió como alguien rozaba la pulsera que colgaba de su muñeca derecha e instintivamente apoyó sobre ella su mano izquierda. Era una cuerda negra de cuero viejo que atravesaba y sujetaba un adorno pequeño de color verdoso con forma de pluma. Se la había entregado su madre el día en que todo había comenzado, el mismo día en que habían tenido que marcharse de su hogar y huir, dejándola a ella atrás. No se atrevía ni a pensar si su madre seguiría viva...

Respecto a la pulsera, estaba segura de que la pieza de adorno era de valor y que recibiría al menos unos cuantos darams, la moneda local, por ella. Eidar había sido quien había sugerido venderla después de dos días seguidos sin apenas probar bocado. Y era bueno saber que contaban con aquella opción, pero Kerah se la guardaría para cuando estuvieran verdaderamente desesperados. Y quizás la desesperación llegara pronto, pero no aquel día; aquel día tenía otra alternativa en mente. La pulsera de su madre permanecería junto a ella al menos por un tiempo más.

Sabía hacia dónde se dirigía. Había visto el lugar durante su última visita a Adra.

En uno de los extremos de la periferia del mercado, en un amplio callejón dedicado exclusivamente a los productos de mayor gama y precio, se ubicaba el puesto bajo un toldo de color morado intenso. Situadas sobre un mostrador, colocadas sobre esferas de madera que simulaban cabezas, colgaban pelucas de muchos tipos, longitudes, formas y tonos.

Junto al comercio, había una clienta de estatura baja, complexión ancha y rostro hermoso, acompañada de una esclava vestida con el blanco característico de su clase. Kerah observó desde lejos, pacientemente, mientras la mujer preguntaba a la dependienta por varias de sus pelucas. Parecía no tener prisa y se detenía a observar y toquetear cada cabello durante varios minutos. Un rato después, pagaba por dos pelucas, una rubia y otra pelirroja, que fueron cuidadosamente guardadas en cajas y entregadas a su criada. Se cruzaron con Kerah al marcharse, y nada en el mundo habría podido desvelar si el pelo moreno que lucía la señora en aquellos momentos era suyo u otra peluca más. Tampoco importaba.

Kerah caminó hacia el puesto y se acercó al mostrador, donde la dependienta, de espaldas, contaba y sobaba el dinero ganado.

—Quiero vender mi pelo —hizo que su voz sonara segura—. ¿Cuánto me ofreces?

La dependienta guardó el dinero en una riñonera de tela que llevaba colgada de la cintura antes de darse la vuelta. Era una chica joven, con nariz afilada y con unos ojos pequeños con los que la escrutó analíticamente.

—Los precios son fijos según color, volumen, textura y longitud del cabello —recitó, mientras se agachaba para ver el pelo de Kerah, oculto aún bajo la capucha—. El tuyo es de color oscuro, no valdrá mucho —se encogió de hombros—. Pasa.

La dependienta señaló una puerta que había detrás de ella y que daba al interior de una de las casas de adobe. La puerta estaba medio abierta, pero Kerah no consiguió distinguir nada en el interior.

—Dentro te dirán cuánto vale ese pelo tuyo y te lo cortarán. Entra rápido, no me alejes a la clientela —la azuzó—. A ninguna de las clientas les interesa saber de qué criatura demacrada procede el pelo que adquieren.

Kerah obedeció. A pesar de haber visitado aquella ciudad más de una decena de ocasiones, era la primera vez que entraba en el

interior de una de las casas de Adra. Las ventanas eran cuadradas, pequeñas y escasas, y los muros gruesos. Y, en su conjunto, se lograba mantener una temperatura de varios grados menos que en el exterior. La estancia estaba claramente dividida en tres espacios, ubicados al fondo, derecha e izquierda, que estaban escondidos de la vista tras amplios biombos del mismo color morado que el toldo del puesto de la calle. Se oían voces que hablaban en susurros, el cortar de las tijeras y el murmullo constante de un enjambre de máquinas de coser en funcionamiento.

Un hombre joven, de mirada intensa acentuada por el maquillaje, estaba en el espacio cuadrado que se formaba entre los tres biombos y la puerta de entrada. Vestía blusa escarlata y pantalones negros. Sentado sobre una silla, con un brazo apoyado sobre la mesa y la cabeza descansando en su mano, apenas se molestó en levantar la vista al verla entrar.

—Ni te voy a preguntar, cielo, tu aspecto no engaña —dijo, con un tono aburrido que se esforzó por acompañar de un bostezo—. Para vender pelo, por allí —señaló el biombo de la izquierda con el brazo que tenía libre.

Antes de que Kerah pudiera avanzar hacia el lugar indicado, el hombre se puso de pie de un salto, con los ojos bien abiertos, y caminó hacia donde ella se encontraba. Por un instante, temió haber sido descubierta. El tipo, sin embargo, pasó de largo, y Kerah se giró para ver como cogía y besuqueaba la mano de una mujer que acababa de entrar detrás de ella. La dama, de unos treinta años, lucía un elegante vestido de tela color turquesa que dejaba sus hombros desnudos y llevaba un recogido cuidadosamente elaborado que acompañaba con unos llamativos pendientes de oro. A su lado llevaba un esclavo, un chaval, vestido con ropajes blancos anchos y sandalias de dedo, que cargaba con varios paquetes.

—Mi señora Anabelia —dijo el dependiente, con una pequeña reverencia—, ¡cuán gustoso tenerla de nuevo por aquí! Tenemos

preparadas sus confecciones, las cuatro. Creo que va a quedar maravillada. Están hechas con los mejores ejemplares que hemos conseguido recabar.

Kerah cruzó la mirada con el esclavo, que bien podía ser más joven que ella misma y el cual enseguida prefirió centrar su atención visual en el suelo. De donde ella venía, no había esclavos. *Ninguna persona debería ser dueña de otra*, pensó.

—Chica —intervino el hombre de los ojos pintados, dirigiéndose a Kerah—, quita de en medio. Desaparece detrás de este biombo.

Kerah inspiró profundamente. Se dio la vuelta, encantada de alejarse de aquella gente y de la tentación de robar los pendientes de oro que bien podían valer un millar de darams, lo que sería suficiente para que sus hermanos y ella tuvieran sustento para varios meses.

—Espera —la voz de la mujer tenía un fuerte acento que no supo reconocer—. Quiero ver tu pelo.

Al girarse, Kerah cruzó la mirada ahora con Anabelia, quien se la sostuvo con una media sonrisa en los labios mientras ambas permanecían muy quietas. A pesar de las vivencias de los últimos meses, Kerah provenía de una familia apoderada y noble, y no iba a rehuir la mirada de nadie.

—Venga, chica —apremió el vendedor—. Ya has oído, muéstranos el cabello.

Kerah apartó lentamente la capucha y se quitó la capa, que recogió sobre un brazo. Se dio la vuelta. Sintió enseguida como unas manos acariciaban los extremos de su pelo. Tenía una larga melena que alcanzaba la altura de su cintura. Su cabello era fino, ligeramente ondulado y del mismo color negro azabache que había tenido el de su madre. Era lo que más le gustaba de su físico, aunque en aquel lugar le estuvieran diciendo que valía poco por ser de un color común y nada vistoso.

—Muy bonito —dijo la clienta sin dejar de palparlo—. Pero harías

bien en lavarlos.

Y así lo había hecho. La noche de antes, con los pocos medios de los que disponía.

Anabelia soltó su pelo.

Y, sin volver la vista, Kerah cruzó el biombo, decidida.

Al otro lado, una señora ataviada con un vestido color marrón, de medias mangas, ancho y liso, y con pelo recogido en un turbante del mismo color, la cogió del brazo y la guio hasta una de las esquinas de la sala. Era una sala cuadrada donde Kerah pudo ver al menos otras cinco trabajadoras vestidas de manera idéntica a la que la escoltaba.

Se vio frente a una triste ducha de hojalata oxidada.

—Venga —la instó la mujer que la acompañaba—. Desvístete, que hay que lavar ese pelo.

No había ninguna cortina que rodeara la ducha, pero Kerah obedeció. Había vivido demasiadas cosas últimamente como para dejar que su propia desnudez delante de un grupo de mujeres la intimidara. Y la oportunidad de una ducha de verdad después de varios meses era un lujo inesperado. Se sentó sobre la silla de metal que había bajo la ducha y dejó que la trabajadora le lavara el pelo con jabones de diversos tipos, todos ellos de intensas fragancias florales. Con cada gota que caía sobre su cuerpo se sentía renacer, y verdaderamente se apenó cuando la mujer cortó el grifo de agua.

Estando aún sentada y desnuda, la señora la peinó. Los movimientos eran bruscos y metódicos, pero Kerah no pudo evitar evocar las escenas en las que se contemplaba en el espejo mientras su madre la cepillaba con una suavidad que ahora se le asemejaba infinita. En aquel instante, agradeció no tener un espejo frente a sí misma; no por el pelo que iba a perder, sino por el autorrechazo al rostro anguloso y el cuerpo delgaducho.

Eliminados los nudos y enredos, que eran muchos, la mujer completó la ardua tarea de peinar aquel pelo abandonado sin una

palabra de reproche. Quizás estuviera acostumbrada. Quizás las mujeres que acudían a vender su pelo solían ser aquellas que menos podían permitirse cuidarlo.

—Vístete.

De nuevo cubierta con la camisa grisácea, los pantalones negros, las botas del mismo color y una sensación de limpieza inédita, se giró. La trabajadora hizo un gesto con la cabeza y Kerah se sentó en una silla que estaba a unos metros de distancia, mientras otra joven algo mayor que ella y con el pelo castaño hasta la altura de la escápula ocupaba su lugar en la ducha. Kerah no pudo evitar preguntarse si ella misma se veía tan demacrada como aquella otra muchacha esquelética.

La trabajadora le ató el pelo con una cuerda, y se lo estiró y tensó con fuerza para alargar al máximo la longitud de la coleta. Seguidamente cogió las tijeras y ejecutó el tajo justo por encima de la cuerda.

—Acompáñame. Voy a medirlo para calcular el precio.

Kerah percibió una mirada de envidia de los ojos bajo la ducha. No se paró a contemplarla.

Agarró la capa de su padre y la bolsa de tela y siguió a la trabajadora ataviada de marrón que se alejaba con un largo matojo de pelo negro en su mano izquierda. Avanzaron hasta una mesa pegada al biombo de salida.

—Color negro intensidad cuatro. Treinta y nueve centímetros. Ondulado, de textura y grosor fino —la mujer depositó con cuidado el pelo cortado en una caja de cartón rosa. Seguidamente, sacó una llave de los bolsillos de su vestimenta para abrir uno de los cajones de la mesa—. Son sesenta y dos darams —iba contando y acumulando las monedas sobre su mano izquierda—. Aquí tienes.

Kerah sintió el peso de las monedas caer sobre su mano. Sesenta y dos darams, precio por el que antes jamás se habría cortado el pelo, le parecía ahora una pequeña fortuna. Guardó el dinero con cuidado

en el interior de la capa, que se echó de nuevo sobre los hombros.

La mujer que la había atendido ya se había alejado, con lo que Kerah se dio la vuelta y se marchó sin mediar palabra.

Una vez en el exterior, no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

Se sentía tremendamente agradecida consigo misma por no haberse cortado el pelo cuando su padre se lo había sugerido para que estuviera más cómoda en los ambientes cálidos a los que habían llegado, poco antes de su separación. Por aquel entonces, aún le importaba su larga y hermosa cabellera negra. Menos mal. Sin duda era la larga longitud la que había hecho incrementar el precio.

Conteniendo el impulso de correr, partió hacia la zona del mercado donde se aglutinaban la mayoría de los puestos de comida. Era una zona que había procurado evitar en los últimos días para no tener que verse tentada por el instinto de robar nada.

Una hora más tarde, salía de Adra con la bolsa de tela repleta. Pan, una gruesa cuña de queso y pinchos de carne para aquella noche, empanadas variadas, leche de cabra, e, incluso, unas botas de segunda mano para Eidar. Ojalá hubieran tenido un fuego donde cocinar materias primas más baratas. No obstante, lo mejor era, sin duda, el peso de los cuarenta y un darams que aún cargaba en el bolsillo interior de la capa.

Kerah realizó el camino de vuelta con paso ágil, corriendo a tramos. Había decidido no probar bocado ella misma en un gesto de fidelidad a sus hermanos; y soportar la tentación resultaba verdaderamente complicado, incluso doloroso.

Eidar y Aléis esperaban cerca de la entrada a la cueva donde se ocultaba su vivienda. Sus dos cabelleras de tonalidades claras, que contrastaban con el pelo de su hermana, parecían imitar el color de la roca del desierto. Pasaban el tiempo sentados en la preciada franja de sombra que se generaba a partir de la ladera de la montaña un par de horas antes del atardecer, lanzando pedacitos de roca contra

una roca más grande a modo de entretenimiento.

Ambos se pusieron de pie cuando la vieron venir, y ella no pudo evitar correr a su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Eidar, preocupado y jadeante, tras haber llegado junto a ella.

Kerah le enseñó con una sonrisa el contenido de la bolsa. Los ojos grises de Aléis, quien acababa de llegar junto a ellos a la carrera, se ensancharon, perplejos, ante aquel imprevisto manjar.

—¿Cómo? —Eidar hablaba con recelo, sin acabar de creérselo. Y Kerah no podía recriminárselo, llevaban casi dos meses malcomiendo lo que habían comprado con el dinero que les quedaba de sus padres, ocasionales reptiles muertos, y un par de días sin apenas probar bocado.

Kerah echó la capucha hacia atrás y dejó a la vista el pelo que le llegaba hasta las orejas. Sus dos hermanos pusieron caras de sorpresa.

—Eres guapa, aun así —dijo Aléis, sonriendo y alzando los brazos.

Kerah cogió en brazos al pequeño de siete años y medio y le hizo girar, entre risas de ambos.

—Y lista, tremendamente lista —Eidar rodeó a sus hermanos en un abrazo inesperado.

Aún no era la hora de la cena, pero poco importaba. Prepararon el banquete en la mesa de piedra de la que era su casa, asombrados de ver tanta comida junta. Y comieron, primero sin hablar y luego sin parar de hacerlo, describiéndose entre ellos los sabores del pollo, el aroma del queso y la textura del pan.

Era la primera vez en mucho tiempo, quizás la primera vez desde que se separaron de su padre, que charlaban como una familia, como si el resto de problemas hubieran desaparecido. Era la primera vez en mucho tiempo que Eidar reía; que Kerah reía.

Les explicó a sus hermanos que aún quedaban otros cuarenta y un darams. Y tanto Eidar como Aléis se ofrecieron de inmediato a ir y

cortarse el pelo, teniéndolo ambos a la altura de los hombros tras tantos meses de huida. *Quizás sí*, pensó. Era bueno sentir que tenían opciones, que no estaban de nuevo expuestos a pasar un hambre atroz cada día. No, al menos, por ahora.

En cuanto a sus nuevas botas, Eidar las recibió conteniendo las lágrimas en el borde de sus ojos verdes, que eran del mismo color que los de la propia Kerah, asintiendo solemnemente a modo de gratitud. Nunca se había quejado, pero su hermana había visto las severas heridas en ambos pies después de haber perdido las plantillas del antiguo calzado. Aléis miró a Eidar con cara de susto, sin entender la repentina seriedad ante el regalo. Kerah, en cambio, comprendió una vez más lo mayor que era aquel niño de trece años. Ya no era un niño. Ya nunca más sería un niño.

Kerah se despertó desorientada. No había tenido pesadillas y sus hermanos no estaban dormidos a su lado.

Se incorporó de un salto en el mismo instante en que las voces de una conversación procedente de la otra habitación llegaban a sus oídos. Allí estaban: Eidar y Aléis. Intentando decidir qué empanada iban a comerse ese día, jugando a adivinar los sabores por el aspecto exterior. Kerah dejó salir el aire que retenía en sus pulmones, despacio. Siempre era ella la primera en despertarse, la que peor conciliaba el sueño. Suponía que la tranquilidad de haber pasado varios días con los estómagos llenos y disponer de nuevo de dinero en sus manos había tenido algo que ver con que el sol brillara ya en lo alto en el exterior.

Les explicó el sabor de cada empanada. Las dos de cerdo y espinacas fueron las elegidas para aquella mañana. Se las repartieron entre los tres, conscientes de la necesidad de racionar y más que satisfechos con sus porciones.

Enseguida sintió la mirada del mayor de sus hermanos sobre ella.

Le estaba otorgando a Kerah, como casi siempre hacía, la autoridad de decidir. La autoridad que ella misma había asumido desde que se separaron de su padre.

—Eidar, ¿podrías ir tú hoy a Adra?

Eidar respondió con una amplia sonrisa. Se puso de pie con energía. Llevaba puestas las botas nuevas y parecía radiante. No pasar todo el día en aquel lugar en la entrada del desierto, donde no había nada más que arena, rocas, silencio, viento y un sofocante calor, y poder pasear por Adra, era un estímulo que les permitía a ambos no perder la cordura. Por su parte, el pequeño Aléis asumía con resignación y relativo buen humor que su sitio, por ahora, era la cueva.

Les buscaban, sabían que eran tres, sabían sus edades, y, por ello, nunca debían moverse en grupo salvo que fuera indispensable. Ni siquiera estando tan lejos de su hogar.

—Dentro encontrarás seis darams —explicó Kerah, a la par que colocaba sobre los hombros de Eidar la capa de su padre—. Creo que es suficiente para que compres comida para un par de días.

—Perfecto —asintió y, seguidamente, se giró—. Aléis, ¿qué te apetece comer mañana?

Tener dinero en los bolsillos durante sus visitas a Adra era una experiencia que habían olvidado hacía muchos días, cuando se les agotó el capital de sus padres.

Sus dos hermanos volvieron a enfrascarse en una conversación sobre qué sabor era más delicioso, si el de las fresas o el del chocolate. Kerah sabía que Eidar se regiría por el precio a la hora de elegir qué comprar, y dudaba que las fresas pudieran crecer en algún lugar cercano a Adra; aún así, era una maravilla oírles hablar con tanta energía y júbilo. Eidar cuidaba de Aléis de una manera que ella, más seria, no sabía hacerlo; con una naturalidad y una complicidad envidiables.

—Si no vuelvo en unas horas... —empezó Eidar, que había

adoptado el discurso de su hermana como suyo. Su voz era apenas un susurro, para que las palabras no llegaran a Aléis.

Kerah negó con la cabeza para hacerle callar.

—Volverás —afirmó.

Intercambiaron una sonrisa a modo de despedida.

—Cuida de tu hermana, hombrecito —Eidar sacudió el pelo de Aléis, mientras le envolvía en un abrazo por la espalda y gruñía como un oso.

Aléis, aún sonriente, se colocó al lado de su hermana. Y, juntos, vieron a Eidar partir y le despidieron con la mano cuando este se giró antes de desaparecer al voltear una de las montañas de roca. Kerah siguió mirando con semblante serio el punto donde unos instantes antes había estado Eidar. Ya no sonreía. Y se percató de que, a su lado, Aléis tampoco.

*¿Cuál es el impacto en la vida de un niño de siete años de separarse de su madre, perder a su padre, vivir el exterminio de su raza y malvivir escondido con sus dos hermanos, huyendo sin saber muy bien de qué, si de la opresión o la muerte?, se preguntó. Aléis no sobreviviría en un mundo sin la alegría y los juegos de Eidar. Y ella debía encargarse de que ambos sobrevivieran, pero también de que vivieran.*

Intentó ingeniar juegos y adivinanzas varias para convertir en un pequeño juego aquel día para Aléis. Él estaba sorprendido y encantado por la actitud de su hermana. Tal vez últimamente Kerah se había preocupado mucho por sobrevivir y muy poco por vivir. Y ella misma también disfrutó, no había mejor compañía en un mundo como aquel que la de su risueño e inocente hermano pequeño.

Pero el día era largo y los estímulos limitados, incluso la imaginación para alguien como ellos tenía límites.

Compartieron otra empanada, pan y queso para almorzar, ocultos en el interior de la cueva mientras el sol brillaba en su cénit.

Y salieron al exterior de la casa en cuanto la posición del astro permitió que se generaran las sombras vespertinas al lado de la

entrada a la vivienda. Desde allí podrían ver a Eidar en su camino de vuelta. Las horas previas al supuesto regreso eran siempre las más agónicas, pues cada minuto que pasaba se acercaba más a que algo hubiera ido mal, a un posible no regreso.

Pero aquel día Eidar volvió pronto.

—¡Allí viene! —dijo Aléis, a su lado, levantándose de un brinco.

Kerah sujetó al niño de siete años y medio por el hombro, reteniéndole para que no avanzara a la carrera hacia su hermano mayor. Y es que dos siluetas avanzaban desde la lejanía hacia ellos. La silueta delgada y de mediana estatura de Eidar, y la silueta de un adulto, alto y de anchos hombros. Pudo sentir como Aléis se quedaba rígido también a su lado. Llevaba sin más contacto humano que el de sus dos hermanos algo más de dos meses.

Las siluetas iban avanzando hacia ellos, con paso tranquilo. Hablaban entre ellas. Kerah empezó a imaginar en su mente todos los escenarios posibles que explicaran aquello. Solo se le ocurrían tres, y uno quedó descartado de inmediato pues la traición por parte de su hermano no era plausible. O bien Eidar tenía problemas con aquel individuo y le traía aquí para que Kerah le ayudara a librarse de él, o bien era uno de los suyos.

*Uno de nosotros...*

El hombre que acompañaba a Eidar tenía una barba oscura y densa que enmascaraba su edad pero que no ocultaba sus rasgos suaves ni su rostro hermoso, por lo que Kerah estimó que era más joven de lo que parecía. El pelo, también del mismo color castaño oscuro, era ondulado y le caía hasta los hombros. Vestía una capa de color verde y unas botas gruesas y viejas. Era un viajero, un nómada, como ellos mismos. Sus ojos, de un tono marrón claro, parecían amables.

*¡No puedo entrar en su interior...!, ¿de verdad que es uno de nosotros?, ¿qué hace aquí un sandela?, ¿está huyendo también de los kie-hais?, ¿y cómo nos ha encontrado?, se preguntó, perpleja, las dudas*

amontonándose en su cabeza.

El rostro de Eidar, que brillaba con una esperanza que le había abandonado mucho tiempo atrás, confirmaba que aquel hombre era un sandela.

—Kerah, Aléis —empezó Eidar al llegar junto a ellos, con un tono suave y tranquilizador—, os presento a Merohar. Merohar, estos son mis hermanos.

—Encantado.

El extraño colocó el antebrazo frente a su rostro, paralelamente al suelo, e hizo una inclinación de cabeza. El saludo de los sandelas.

Kerah, sin embargo, guardó silencio y permaneció inmóvil.

—Merohar es un sandela —explicó Eidar, incapaz de contener su entusiasmo—. ¡Es uno de nosotros! Me ha explicado que hay muchos sandelas que no han sido capturados, que están huyendo o escondidos al igual que nosotros mismos —quería hablar tan rápido que se le atropellaban unas palabras con otras—. Que existe un lugar donde se están reagrupando. ¡Un lugar seguro donde nos acogerán y estaremos a salvo!

Merohar permanecía quieto al lado de Eidar, sin acercarse demasiado a los otros dos hermanos, tal vez en un acto de comprensión y prudencia. Kerah no apartaba los ojos de él, mientras su mano seguía sujetando con firmeza el hombro de Aléis.

—Kerah, reacciona —exigió Eidar, trascurridos unos segundos—. ¡Existe esperanza! Se acabó el huir y el pasar hambre, se acabó el tener siempre miedo. Merohar ha estado en el refugio donde se reagrupan los sandelas y va a ayudarnos a llegar hasta allí.

De nuevo silencio. Los ojos de Eidar y Aléis iban de su hermana a Merohar y viceversa, quienes se sostenían mutuamente la mirada.

—Demuéstralo —exigió Kerah—. Demuestra que eres uno de nosotros. Dinos quién eres y cómo nos has encontrado.

—Ya he comprobado que es un sandela —respondió Eidar, dando un paso al frente—. Obviamente que lo he comprobado, Kerah. No